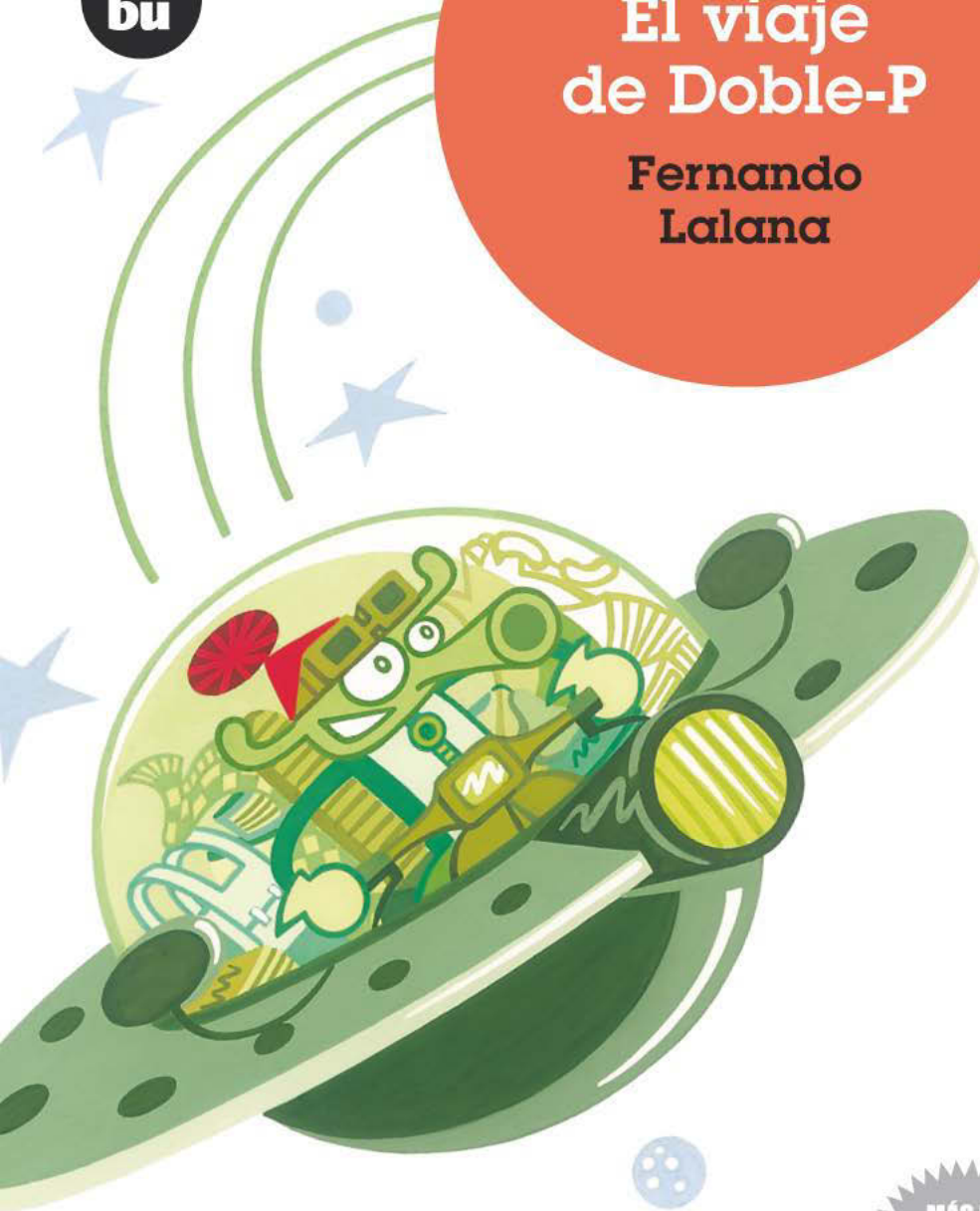


**bam
bú**

El viaje de Doble-P

**Fernando
Lalana**



**MÁS DE
100.000
EJEMPLARES
VENDIDOS**

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 1988, Fernando Lalana
© 1988, Editorial Casals, S. A.
Tel. 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustraciones interiores y de la cubierta: Laura Ferracioli

Trigésimo cuarta edición: abril de 2016
Undécima edición en Editorial Bambú
ISBN: 978-84-8343-016-3
Depósito legal: M-13.608-2011
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

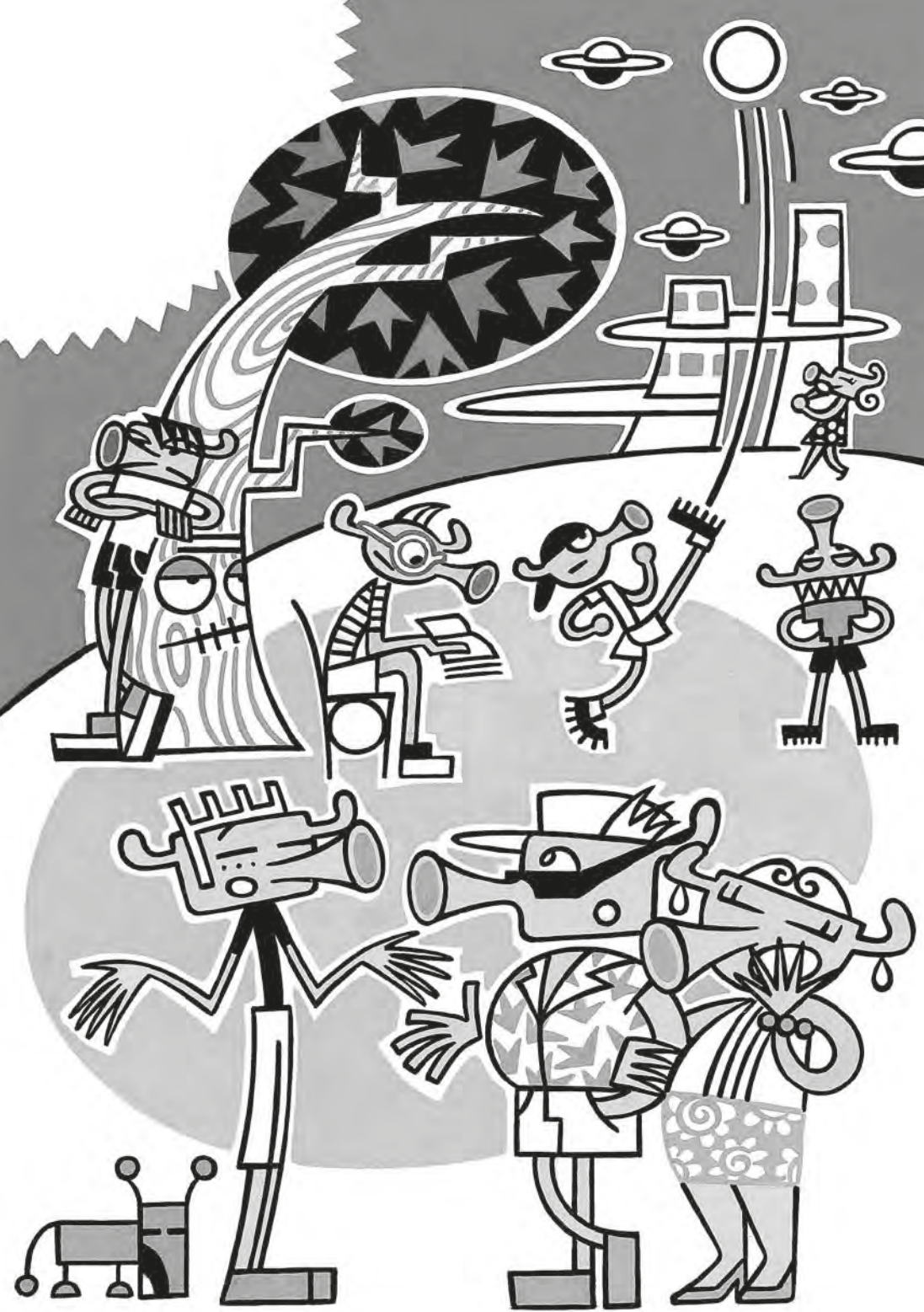
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

El viaje de Doble-P
Fernando Lalana

Ilustraciones: **Laura Ferracioli**

bam
bú
EDITORIAL

Primera parte



Un lugar muy aburrido

Girando alrededor del planeta Venus hay un asteroide pequeñito, pequeñito, llamado Jijo. Como Venus está muy cerca del Sol, en Jijo siempre es verano, las heladerías nunca cierran y la gente va todo el año en camiseta y pantalón corto. Jijo es un lugar agradable y tranquilo. Pero tiene un problema gordo: también es un sitio aburridísimo. En Jijo nunca pasa nada interesante. El periódico «La Gaceta Sideral» aparece siempre en blanco. ¡No hay noticias!

Los jijenses (los habitantes de Jijo se llaman jijenses) intentaron hacer cosas divertidas, para no aburrirse. Pero siempre fracasaron. Por ejemplo, formaron un equipo de fútbol. Querían jugar el campeonato de liga espacial. Pero Jijo era tan pequeño que cuando los delanteros chutaban fuera, la pelota

salía volando y se perdía en el espacio. El Real Jijense, C. F. se arruinó comprando balones de reglamento.

Un día, hace muchos años, llegó el Gran Circo Marciano a Jijo. Los jijenses se alegraron muchísimo. Sería muy divertido ver a los trapeceistas supersónicos, a los domadores de monstruos y a los payasos. La gran lona del circo cubrió casi la mitad de Jijo. A la hora de comenzar la función los espectadores apenas ocupaban la primera fila.

–¿Por qué no ha venido nadie más? –preguntó el jefe del circo.

–Pero si estamos todos –respondió el alcalde de Jijo–. No falta más que mi señora, que está en la cama con gripe.

La función se hizo. Los jijenses lo pasaron en grande. Pero el jefe del circo dijo al marcharse que nunca volverían a Jijo.

–No hay suficiente público –explicó.

Desde aquel día los jijenses no han vuelto a divertirse y tienen todos una espantosa cara de aburrimiento. Cuando los amigos se encuentran por la calle, siempre se dicen lo mismo:

–¡Hola! ¿Qué tal?

–Muy bien. ¿Qué cuentas?

–Yo, nada. ¿Y tú?

–Yo, tampoco.

–Vaya. Pues adiós.

–Adiós, adiós.

Y siguen su camino como si tal cosa.

Es decir, que todos se aburren como percebes. ¿He dicho todos? ¡Perdón! Todos, no. Hay un habitante de Jijo que no se aburre, que no bosteza a todas horas. Se llama Doble-P-F-13, aunque todos sus amigos le llaman simplemente Doble-P, que es más corto.

¿Y por qué no se aburre Doble-P? Es muy sencillo: porque le gusta leer. Doble-P siempre está leyendo libros. Tiene la casa completamente abarrotada de libros. Libros encima de las mesas; libros debajo de la cama; libros en los armarios, en la cocina y en el garaje. ¡Hasta en el cuarto de baño! Libros de aventuras y de misterio, biografías, libros de viajes, libros de cuentos, libros de cocina... ¡libros de todas clases!

Doble-P se pone sus gafas y lee durante horas y horas. Los que más le gustan son los libros de aventuras y los de viajes. Con los de aventuras puede imaginar que es un pirata espacial. O un policía sideral. Y con los de viajes puede soñar que visita mundos lejanos como Júpiter o Saturno. Pero su planeta favorito es la Tierra. Doble-P ha leído montones de libros sobre la Tierra.

Gracias a ellos, sabe que la vida en la Tierra es divertida y emocionante, que hay mucha gente y, sobre todo, muchos colores. En Jijo todo, absolutamente todo, es de color verde. Es bonito, sí... pero ¡tan aburrido! En la Tierra, el fuego es rojo y el mar, azul. Hay hombres blancos, negros, amarillos...

«Tiene que ser divertidísimo» –piensa Doble-P.

Todas las noches, Doble-P se asoma a la ventana de su cuarto y, con ayuda de un catalejo, observa la Tierra.

«¡Cuánto me gustaría ir allí!» –piensa Doble-P cada noche-. «Es lo que más me gustaría en esta vida: ir a la Tierra».

Doble-P se queda siempre dormido pensando en la Tierra.

Una fantástica decisión

Una mañana, tras haber pasado toda la noche soñando con su planeta favorito, Doble-P se despertó de un humor excelente. Entre sueño y sueño, había tomado una gran decisión.

–Se acabó –dijo convencido–. No voy a pasarme toda la vida soñando con ella. Así que... ¡voy a ir a la Tierra!

Se duchó, se vistió y, sin desayunar siquiera, salió de casa y se dirigió a la Agencia de Viajes de Jijo.

–¡Buenos días! –dijo al entrar–. Por favor, ¿cuánto vale un billete hasta la Tierra?

–¿Primera clase o clase turista? –preguntó el empleado.

–Turista, turista...

El empleado consultó unas tarifas.

–Son quinientos fifes, señor –respondió al fin.

Doble-P miró su libreta de ahorros y comprobó que sólo tenía ahorrados siete fifes. Así que sonrió al empleado y le dijo:

–Gracias, ya volveré otro día. Es que no me llega el dinero.

Y se marchó.

«¡Sopla! No pensaba que fuese tan caro. Quinientos fifes es una fortuna. Nunca podré reunirlos.»

Entristecido y cabizbajo, Doble-P fue caminando sin rumbo fijo durante un buen rato hasta llegar, casi sin darse cuenta, al único parque de Jijo. Se sentó en el único banco. A la sombra del único árbol. Y allí se quedó, pensativo, rascándose la trompetilla nasal.

–¿Se puede saber qué te sucede?

Doble-P alzó la vista. Quien acababa de hablar era Árbol, el árbol de Jijo, un anciano al que todos los jijenses admiraban y querían.

–No es nada, Árbol. Sólo que me haría mucha ilusión ir a la Tierra, pero los precios de los pasajes están por las nubes.

–Bueno, ¿y qué?

–Pues eso: que me quedo sin viaje. Aunque me da una rabia...

Árbol resopló con disgusto antes de volver a hablar.

–¿Sabes una cosa, Doble-P? Yo también he querido siempre conocer la Tierra.

Doble-P miró al árbol con extrañeza.

–¿Tú? Pero Árbol, tú eres un árbol. ¿Para qué sueñas con viajar si nunca podrás moverte de aquí?

–Eso es cierto. Yo soy un árbol y nunca podré ir a la Tierra. Pero tú... Tú no eres un árbol.

–No, claro que no, pero...

–Tú tienes dos piernas y dos brazos –le interrumpió Árbol.

–¡Claro! Como todos los jijenses, pero es que...

–¿Sabes lo que te digo, Doble-P? –dijo Árbol volviendo a interrumpirle–. Si yo pudiera moverme como tú, si yo tuviera aunque sólo fuese una pierna, ya hace tiempo que hubiese intentado llegar a la Tierra.

Árbol tenía más de mil años de edad. Era, con diferencia, el más viejo de los habitantes de Jijo. A veces, la edad le hacía chochar y decir alguna tontería, pero sus consejos casi siempre eran acertados.

Doble-P guardó silencio unos instantes. Las palabras de Árbol le habían producido un agradable cosquilleo en el estómago.

–¿Crees de veras que yo podría...?

–Estoy seguro de ello. Sólo tienes que proponértelo y confiar en ti mismo.

Doble-P echó a andar hacia la salida del parque.

–No sé, no sé... Se dice muy fácil.

Al llegar a la verja de entrada, se detuvo de nuevo. Se volvió y miró a Árbol, que, sonriendo, le guiñó un ojo. Y en ese mismo momento supo que lo conseguiría.

–¡De acuerdo, Árbol! –gritó Doble-P–. ¡Iré a la Tierra por mi cuenta! ¡Haré el viaje en mi platilleta!

–¡Así me gusta!

El árbol sonrió y agitó sus ramas alegremente mientras le sobrevinía un ataque de tos.

Esta sí era una gran decisión. Una decisión de primera categoría. Doble-P se sintió tan orgulloso de ella que, entusiasmado, corrió a contársela a sus amigos Doble-S y Doble-J.

Cuando lo hizo, los dos se echaron a reír.

–Estás majareta, Doble-P –le dijeron entre carcajadas–. No se puede ir a la Tierra en una platilleta. Está demasiado lejos.

–Yo lo haré –respondió Doble-P, un poco fastidiado–. Ya sé que me costará mucho tiempo, pero lo lograré. ¡Ya lo veréis!

–Será inútil, Doble-P. No podrás llegar. Nadie lo ha logrado jamás.

–¡Lo que ocurre es que nadie lo ha intentado! –estalló Doble-P, bastante enfadado–. Y ahora... ¡adiós! ¡Y gracias por darme ánimos!

Doble-P salió dando un portazo y corrió a su casa. Las burlas de sus amigos lo habían enfurecido. Ahora estaba más decidido que nunca a realizar su aventura.

Los preparativos

Después de hablar con Doble-S y Doble-J, Doble-P volvió a su casa y fue directo al garaje, a ver su platilleta.

Allí estaba, toda pintada de verde, con su brillante faro delantero. Desde luego, tendría que revisarla a fondo antes de emprender un viaje tan largo. Hacía mucho tiempo que no la utilizaba, pero estaba seguro de que funcionaría perfectamente.

Así que Doble-P se puso ropa vieja, se frotó las manos y se lanzó a la tarea. Estaba entusiasmado.

Primero, la limpió un poquito con agua y jabón porque la pobre platilleta estaba requetesucia. A continuación, cogió una llave inglesa y apretó todas las tuercas; y con un destornillador, apretó todos los tornillos. Luego le cambió el aceite, le llenó el depó-

sito de combustible y comprobó la presión de los cohetes. Cuando terminó estaba anocheciendo, así que se fue a la cama.

Los días en Jijo son muy cortos. Tienen solo doce horas en lugar de veinticuatro, como en la Tierra. Por ese motivo, a los jijenses siempre les falta tiempo para hacer las cosas.

A la mañana siguiente, con la platilleta ya preparada, Doble-P se dispuso a trazar su plan de viaje. Quería planear hasta el último detalle.

Cogió una tiza y una pizarra.

«Tardaré en llegar por lo menos veinte días» –pensó.

Y escribió en la pizarra: «20 días».

«Necesitaré comida» –pensó después Doble-P–. Escribió: «Comida para veinte días».

«Tendré que llevar ropa limpia para cambiarme. Y libros; muchos libros para no aburrirme.»

Con la tiza puso: «Ropa y libros».

Leyó la pizarra lentamente.

–¡Estupendo! –exclamó–. Creo que ahora ya no falta nada.

Y empezó a reunir todas las cosas en el garaje y a cargarlas en su pequeña nave.

Cuando terminó, la platilleta parecía una furgoneta de reparto. No cabía ni un alfiler. Doble-P la